

6-30-2018

Pedro Páramo y La feria: coincidencias y diferencias

Felipe Vázquez

Follow this and additional works at: <http://scholarcommons.usf.edu/surcosur>

Recommended Citation

Vázquez, Felipe. 2018. Pedro Páramo y La feria: coincidencias y diferencias. *Revista Surco Sur*, Vol. 8: Iss. 11, 35-37.

DOI: <http://dx.doi.org/10.5038/2157-5231.8.11.11>

Available at: <http://scholarcommons.usf.edu/surcosur/vol8/iss11/13>

Felipe Vázquez

Pedro Páramo y *La feria*. coincidencias y diferencias

De septiembre de 1953 a agosto de 1954, Juan Rulfo y Juan José Arreola formaron parte de la segunda generación de becarios en el Centro Mexicano de Escritores. En ese periodo, Rulfo escribió *Los murmullos* y Arreola redactó el primer borrador de *La feria*. Ambos venían del sur de Jalisco y habían nacido con un año de diferencia; por su carácter y su historia personal tenían un temperamento opuesto y una opuesta forma de concebir la literatura, sin embargo coincidían en el empleo de estrategias narrativas. Rulfo cambia el título de su novela y la publica como *Pedro Páramo*, en 1955; la novela de Arreola se publicará en 1963, reescrita quizá tomando *Pedro Páramo* como un modelo estructural y siendo fiel a estrategias escriturales que había empleado en sus cuentos. Son autores de una sola novela, su obra en conjunto es breve; son narradores a quienes no se les puede escamotear el estatuto de poetas y los últimos 30 años de su vida dejaron de escribir literatura.

Hago esta apretada introducción en contrapunto para contextualizar el espacio de coincidencias y diferencias entre ambas novelas, pues de alguna manera muestran el carácter de cada uno. Arreola era actor, charlista, temperamental, vivaz y llegó a ser casi un showman: el mundo era para él una feria. Rulfo, por lo contrario, era reservado, taciturno, depresivo, reticente y adquirió fama de ser impenetrable y desolado: ¿se veía a sí mismo como bloque errático en el desierto (una piedra en el páramo)?

La coincidencia estructural entre la novela de Rulfo y la de Arreola es visible; sin embargo la estructura fragmentaria es muy diferente en cada obra. En *Pedro Páramo* cada fragmento está cohesionado por un silencio de múltiples significaciones. En *La feria* cada fragmento está yuxtapuesto en un carnaval de conversaciones. En ambas novelas, no obstante, el espacio entre fragmento y fragmento está poblado por historias posibles, conjeturables o indecibles.

Pedro Páramo empieza cuando Juan Preciado le cuenta a Dorotea —ambos muertos y en la misma tumba— cómo llega a Comala, cómo se encuentra con personas que luego descubre que están muertas y cómo muere de miedo en la plaza del pueblo. En esta narración fragmentada se intersectan los monólogos y diálogos —enmarcados a veces por un narrador omnisciente— que vertebran la historia de Pedro Páramo, desde su infancia hasta su consolidación como cacique de

la Media Luna. Una vez muerto Juan Preciado, Dorotea le cuenta cómo lo enterraron y quiénes son sus vecinos en el cementerio, a quienes escuchan en una sucesión de “murmillos”. A estas alturas, la novela ha creado la ilusión de desaparecer al narrador y parece articularse a sí misma a partir de las voces de los muertos. A semejanza de *Spoon River Anthology*, de Edgar Lee Masters, los muertos cuentan episodios de su vida y el lector construye la historia del pueblo a partir de ese concierto de voces. Como un nigromante, Rulfo ha invocado desde el principio a los muertos y, a medida que éstos hablan, la novela se distancia de su autor: la voz del narrador es atraída por el habla de los fantasmas errantes y se vuelve parte de los murmullos; entonces el mundo de los muertos adquiere autonomía plena y se impone a nuestra conciencia. La invención literaria es tan poderosa que excluye a su creador y se presenta como un



mundo autoabastecido. A diferencia de Odiseo cuando baja al Hades en busca de Tiresias, Rulfo no intenta mantener a raya las sombras ni trata de exorcizarlas, al contrario, deja que su voz se asimile a la constelación de las almas en pena.

La feria empieza con un monólogo-alegato de Juan Tepano, “el más viejo de los tlayacanques”, sobre el despojo de sus tierras a raíz de la conquista española; a partir de aquí, a manera de mosaicos vitales, la novela se integra en contrapunto con las vidas diversas de la gente de Zapotlán: el ciclo siembra-cosecha del zapatero metido a agricultor, la historia de los hermanos enemigos: el licenciado y don Abigail, la serie de confesiones pícaras del niño-adolescente, el diario del joven poeta enamorado, las desventuras del Ateneo Tzaputlatena, el nudo de historias que convergen en la secuencia del terremoto-confesión, las voces que tejen el episodio de la zona de tolerancia, las vidas paralelas de don Fidencio el cerero y don Salva el tendero, que se intersectan en un punto trágico, los alegatos de los tlayacanques, los episodios de múltiples voces anónimas que dan una tesis equívoca y sarcástica al conjunto de la sociedad zapotlense, etcétera. El conjunto polifónico crea el efecto de que Zapotlán se habla a sí mismo en las voces de sus habitantes.

En *Pedro Páramo* cada fragmento está rematado por una poderosa tensión poética, por ello podemos decir que la novela es también un extenso poema en prosa. En *La feria* cada fragmento está yuxtapuesto en una suerte de rompecabezas textual, es una feria de diálogos, testimonios y monólogos que configuran la crónica (o la microhistoria) de un pueblo.

Pedro Páramo, debido a la tensa ambigüedad, a la fragmentación de la historia narrada y a la dislocación del espacio-tiempo, nos da la sensación de un tiempo circular e incluso abolido: es un archipiélago circular de tiempos fuera del tiempo, una constelación de tiempos cuyos pliegues analépticos y prolépticos crean el efecto de un presente perpetuo. En *La feria* la mayor parte de los fragmentos se refiere a los seis meses del período de siembra y cosecha, y a los preparativos y el desenlace de la fiesta del santo patrono. Por ello, pese a la fragmentación, es posible establecer una continuidad de la historia. En este sentido, *Pedro Páramo* es una novela combinatoria y *La feria* una novela simultaneísta. En *Pedro Páramo* los fragmentos crean un tiempo multidimensional de orden vertical, en el cual no hay límites entre la vida y la muerte ni entre pasado y futuro. En *La feria*, pese a los vacíos estratégicos en la trama, los fragmentos sugieren tiempos que se complementan para formar un tiempo horizontal, una sucesión histórica.

En *Pedro Páramo* los espacios en blanco, los silencios, potencian la capacidad significativa de los fragmentos, podríamos decir incluso que la novela está vertebrada por los silencios de la trama. En *La feria*, cada fragmento está articulado por los asteriscos de Vicente Rojo —viñetas minimalistas que aluden a las ferias populares de orden pagano-religioso o a la historia que se cuenta entre un fragmento y otro—, en este sentido hay, a su vez, una suerte de diálogo entre texto e imagen.

En *Pedro Páramo* los fragmentos fisuran y alteran de manera radical la narración, al grado de tocar el margen de la no-novela. En *La feria*, el conjunto de los fragmentos, al participar de múltiples géneros, da un efecto de feria textual, de hipertextualidad vital.

En *Pedro Páramo* cada fragmento oscila entre la narrativa estricta, el diálogo y el monólogo; su singularidad radica en que dichas formas escriturales fueron concebidas desde el poema en prosa. En *La feria* cada fragmento se mimetiza en un género, sea literario o paraliterario, y entonces en el curso de la lectura hallamos crónica histórica, artículo de periódico, sermón, confesión, poema en prosa, lírica popular, cartas de relación, refranes, dichos, manual de labores agrícolas, cartas personales, diario personal, cuento, literatura popular (leyendas, oraciones, poemas





de arte menor, etcétera). A su vez cada género puede incluir una paráfrasis, una cita, un plagio o una alusión de textos provenientes de diversas tradiciones, tanto literarias como extraliterarias; el espacio intertextual de la novela es concebido como una convergencia de géneros.

En *Pedro Páramo* la historia sucede desde la llegada de Juan Preciado a Comala hasta su muerte, hecho que dura dos días, pero en esos días, debido a los juegos de analepsis y prolepsis, el tiempo de la historia se multiplica y extiende desde 1865 hasta 1927 —según las conjeturas de Carlos González Boixo—. El tiempo de la historia en *La feria* sucede entre mayo y octubre, temporada de siembra y cosecha, pero las interpolaciones narrativas hacen que la historia se extienda desde la conquista hasta mediados del siglo xx.

En *Pedro Páramo* hay una historia rectora (la pasión de Pedro Páramo por Susana San Juan) y en torno a ella se articulan vidas e historias (el regreso del hijo en busca del padre, la infancia y el ocaso de un cacique rural, la vida relampagueante de Miguel Páramo, la huida constante de Susana San Juan, la revolución mexicana, el movimiento cristero, etcétera) que en el

curso de la novela adquieren una hondura simbólica de múltiples interpretaciones. *La feria*, por su parte, está vertebrada en torno a dos historias rectoras (la celebración de la fiesta del santo patrono de Zapotlán y el problema del despojo de la tierra protagonizado principalmente por los tlayacanques), y entreveradas con las historias principales hay historias que dan a Zapotlán una personalidad cuya resultante es una alegoría.

En *Pedro Páramo*, Comala es un pueblo de muertos: la atmósfera es violenta y desolada, y el protagonista es un cacique reticente y camaleónico. En *La feria*, Zapotlán es un pueblo de vivos, la atmósfera es festiva y de bancarrota en todos los órdenes, y el protagonista es el propio pueblo de Zapotlán.

Ambas novelas coinciden en escenificar la formación de los latifundios y los problemas de la tenencia de la tierra, pero en *La feria* adquiere, en algunos pasajes, la forma de una denuncia social, mientras que en *Pedro Páramo*, en cambio, la resultante de las varias desheredades apunta hacia una orfandad cósmica.

Para concluir, Arreola decía que su novela era un “apocalipsis de bolsillo” y podemos decir que *Pedro Páramo* nos planta de entrada en un escenario post-apocalíptico. La mirada de Arreola es sarcástica, la de Rulfo es abismal. Rulfo está poseído por las potencias de lo sagrado, Arreola por un desasosiego que oscila entre la angustia y la ironía.

El lector, por su parte, en ambas novelas debe articular *in mente* la totalidad de los fragmentos: desde el primero, la lectura crea un suspenso sostenido y sólo será hasta el último fragmento que el lector esté en la posibilidad de articular la novela en su conjunto. En ese punto comprendemos con amplitud que el título es, como dice T. W. Adorno, “el microcosmos de la obra”.

